

se acaba de publicar una segunda edicion magníficamente ilustrada; en Bélgica se han hecho multitud de reimpressiones: ha penetrado en el fondo de la Moscovia, y atravesando los mares mas lejanos, se ha extendido por toda la América; en fin, nuestra obra ha sido favorablemente recibida en Roma, en donde se ha propagado con el permiso del Sacro Colegio. Gracias á la proteccion de MARIA, el pequeño grano de mostaza ha llegado á ser un árbol frondoso, cuyas ramas se extienden á lo lejos sobre el Antiguo y Nuevo-Mundo: *Ella* ha bendecido este libro, á pesar de su escaso mérito, porque *Ella* sabe que ha sido escrito con intenciones puras, y únicamente en honor de la gloria de su culto y de su santo nombre.

Penetrados de reconocimiento hácia el público ilustrado que tan benévola acogida ha dispensado á nuestro libro, hemos redoblado nuestros esfuerzos para merecer mas y mas su simpatía, que tan cara nos es. Esta nueva edicion, impresa con el permiso de Monseñor el arzobispo de Paris, ha sido revisada con toda escrupulosidad, y considerablemente aumentada: es la última vez que retocamos este libro, y lo hemos hecho esmerada y concienzudamente. La segunda parte, que comprende el culto de *Maria*, ha sido refundida enteramente, y enriquecida con autoridades auténticas y hechos importantes sacados de documentos sumamente raros. A pesar de todos nuestros esfuerzos, confesaremos ingenuamente que nuestra obra queda imperfecta aún: tal es el defecto ordinario de las obras humanas: la perfeccion es la montaña del talisman, á cuya cima no le ha sido dado á mortal alguno subir, y al autor menos que á nadie.



LIBRO I.

Espectacion universal de la Virgen y del Mesias.

EN aquellos lejanos tiempos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres fuera de sí y temblorosos, escuchaban bajo las sombras magestuosas del Eden (1), la voz aterradora de Jehová que los condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte en castigo de su loca desobediencia, una prediccion misteriosa en que la bondad del Criador se traslucia al través de la ira del Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas que habian pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una muger de ánimo varonil, debia aplastar bajo sus piés la cabeza de la serpiente, y regenerar para siempre una raza criminal: esta muger era *Maria*.

Desde entonces corrió la tradicion entre las generaciones an-

tidiluvianas de que una virgen hermosa y pura como la luz, repararía con su divino alumbramiento el mal que había hecho la primera muger. Esa tradición consoladora, que sostuvo las esperanzas de una raza decaída, no se borró de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Sennaar; se llevaron mas allá de los montes y de los mares tan dulce si bien lejana idea, juntamente con el culto de Noe y los restos de las ciencias y las artes, salvadas del diluvio (2). Mas tarde, cuando la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se ocultaron entre nubes, la de la Virgen y del Mesías resistió casi sola á los embates del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, perdidas entre las fábulas del politeismo como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que en otro tiempo fué la que se llamaba la grande Babilonia (3).

Recórranse en efecto las diversas regiones del globo; registrense los anales religiosos de los pueblos desde el Septentrion al Mediodia, desde la aurora hasta el ocaso, y en el fondo de casi todas las teogonías se encontrará á la Virgen Madre y su divino alumbramiento.

En el Thibet, en el Japon y en una parte de la peninsula oriental de la India, es el dios Fó, que para salvar á los hombres, se encarna en el seno de la jóven prometida de un rey, la ninfa Lhamoghínpral, la mas bella y la mas santa de las mugeres.

En la China cuentan en el número de los hijos del cielo al emperador Hoang-Ti, á quien concibió su madre mediante la luz de un relámpago; Yuo, otro emperador contemporáneo del diluvio, tuvo por madre á una virgen, á quien fecundizó un rayo de estrella; In, gefe de la primera dinastía, debió la vida á una perla, emblema de la luz en todo el Oriente (4), y descendió del cielo al casto seno de una jóven. Heon-Tsi, gefe de la dinastía de los Toheon, fué concebido por obra divina, sin que su madre perdiera la virginidad, y le dió á luz sin dolor y sin pecado en una gruta abandonada, donde los ciervos y los cuervos le calentaban con su aliento (5). La diosa mas popular del

imperio celeste, Sching-Mon, concibió al simple contacto de una flor, y su hijo, criado bajo el pobre techo de un pescador, llegó á ser un personage distinguido, é hizo milagros.

Los Lamas dicen que *Bobdlah* nació de la virgen *Maha-Mahai*. *Sommonokhodom*, príncipe, legislador y dios de Siam, debe igualmente el ser á una virgen, á quien habían fecundizado los rayos del sol. *Lao-Tsen* se encarnó en el seno de una virgen negra *maravillosa y bella como el jaspe*. La *Isis* zodiacal de los egipcios es una virgen madre. La de los Druidas debe dar á luz al futuro Salvador (6). Los Brahmas enseñan que cuando un dios se encarna nace del seno de una virgen por obra divina; así *Jagrenat* (7), el salvador mutilado del mundo, y *Chrichna*, nacido en una gruta á donde venían á adorarle en su cuna ángeles y pastores, han tenido á una virgen por madre.

La Babilónica *Dogdo* ve en sueños á un brillante mensajero de Oroman que depone á sus piés magníficos vestidos; una luz celestial descende sobre el rostro de la jóven dormida, y se vuelve hermosa *como la estrella de la mañana*; *Zerdascht*, *Zoroastro*, ó mas bien, *Ebraim-Zer-Atencht* (8), el famoso profeta de los magos, es el fruto de aquella vision nocturna. El tirano *Nemron* (9), avisado por sus astrólogos de que un niño, cuyo nacimiento estaba cercano, amenazaba á sus dioses y á su trono, mandó matar á todas las mugeres embarazadas que se hallaban en sus estados; *Zerdascht* se salvó tan solo por la astucia y prudencia de su madre (10). Los Maccénicos, que habitan en el Paraguay las orillas del lago Zarayas, cuentan que en una época muy remota una muger de rara belleza se hizo madre y quedó virgen; su hijo, despues de haber obrado insignes maravillas, se elevó un dia por los aires en presencia de sus discípulos, y se transformó en sol (11).

Reúnanse los trozos esparcidos de esas creencias adulteradas, y se compondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Virgen y de Cristo. La Virgen, no obstante la sangre real que corre por sus venas, es de condicion humilde como la madre de Zoroastro; como aquella, recibe tambien la visita de un

ángel encargado de un mensaje celestial. El tirano Nemrond, que fué el peor de entre una multitud de príncipes perversos, puede pasar por el tipo de Herodes, y procuró la muerte del jóven mago con un furor igual al que anima al cruel esposo de Mariamne contra el niño Jesus; ambos dejan escapar su presa. Nació de una virgen que lo concibió durante una fervorosa oracion, y que le dió á luz sin dolor y sin pecado, como el primogénito de la noble y piadosa Kiang-Yuen, nuestro divino Salvador vive en medio de las clases pobres, á semejanza del hijo de la diosa de la China; ángeles y pastores vienen á rendirle homenaje, como á Chrichna, en la noche misma de su nacimiento; mas tarde, despues de haber calmado las borrascas, andado sobre las aguas, arrojado los demonios y resucitado los muertos, verifica su triunfante ascension en presencia de quinientos discípulos, cuyos ojos deslumbrados le pierden de vista en las nubes, precisamente como lo cuentan las hordas salvages del Paraguay.

Es ciertamente muy extraño que estas leyendas maravillosas que no se han copiado de los hechos evangélicos, puesto que son incontestablemente mas antiguas, formen al eslabonarse, la vida verdadera del Hijo de Dios. ¿Puede, acaso, la verdad nacer del error? . . . ¿Y qué pensar de estas bizarras narraciones, que tienen entre sí tantos puntos de contacto? . . . ¿Se responderá con los filósofos mofadores de la escuela volteriana, y con algunos de los llamados pensadores alemanes de una época mas reciente, que los apóstoles tomaron sus fábulas de las diferentes creencias del Asia? Empero sin hablar del solícito cuidado con que se ocultaban entonces en las sombras impenetrables de los santuarios, los libros reputados como divinos; sin hablar del horror profundo que profesaban los judíos á leyendas idólatras, y del desprecio desdenoso con que miraban la ciencia del extranjero, ¿cómo unos pobres proletarios, cuya ciencia toda se limitaba á guiar un barquichuelo sobre las ondas del lago de Teberia-des, y cuyas redes destilaban el agua azulada de sus olas, cuando fueron promovidos al apostolado; cómo unos laboriosos arte-

sanos, obligados á trabajar, en medio de la predicacion, para ganar el sustento del dia, cómo habrían podido compulsar los sagrados libros de los Indios, los Chinos, los Buetrianos, los Fenicios y los Persas? ¿Cómo es posible que Simon Pedro, los hijos del Zebedeo, ó aquel austero discípulo de Gamaliel, que decia en alta voz en Corinto, la rica y orgullosa ciudad de la Grecia: *Lo que es yo, no sé mas que una cosa, Jesus y Jesus crucificado!* hayan arrancado á la idolatría, cuya destruccion era el fin de su mision sublime, algunos de sus viejos retazos, para zurcirlos fraudulentamente á la vida tan sencilla y tan grande de Jesucristo? Aun mas; si no hubiese sido sino una cuestion de préstamos hechos á las leyendas místicas de los pueblos vecinos de la Palestina, como los Egipcios y los Fenicios, por injusta que la inculpacion hubiese sido, al menos tendria un colorido de verosimilitud; mas no! Estos puntos luminosos que se destacan del seno de las tinieblas de la idolatría, para formar como otras tantas estrellas á la aureola del Hijo de la Virgen, vienen de los lugares mas remotos y mas desconocidos de la tierra. Sin hablar de esa Galia de impenetrables bosques, que á la extremidad de la Europa occidental, escondia sus creencias misteriosas á la sombra de encinas seculares; de las grandes Indias, tan imperfectamente conocidas bajo el reinado de Tiberio; de aquella Sérica con sus torres de porcelana, cuyas remotas provincias no provocaron siquiera la codicia de los Romanos (12), ¿cómo hubieran hecho los Apóstoles para comunicarse con la desconocida América, separada del viejo continente por su verde cintura de altas ondas, y perdida cual una perla en medio de las aguas?

Pero yo quiero que los Apóstoles hubiesen tenido, no importa por qué medio, algun conocimiento de estas antiguas fábulas mitológicas, esparcidas sobre todos los puntos del globo: quiero mas; concedo, prescindiendo de la sencillez nativa, del testimonio sellado con sangre, y de la alta santidad de estos hombres divinos, que arrebatados, como dice Rouseau, por el ardor de la gloria de su Maestro, se les hubiese ocurrido por un momento, bordar algunas circunstancias fabulosas sobre la rica te-

la evangélica; esto habria sido superior á sus fuerzas. ¿Cómo, por ejemplo, habrian podido ellos atribuir á aquel Herodes, conocido de todo Jerusalem, y cuyo reinado trágico y glorioso sabian todos de memoria, un hecho atroz y falso, sacado no sé de qué rey de Persia, que quizás no existió jamas sino en la imaginacion de los magos? Si la degollacion de los inocentes hubiere sido un cuento *forjado ó copiado* por los Apóstoles, ¿puede creerse que los Bethléemitas, que sabian perfectamente lo que pasaba en la Santa ciudad, cuyas altas torres divisaban en el horizonte, no hubiesen protestado enérgicamente contra esta audaz mentira; que esos sutiles fariseos, que procuraban sorprender al mismo Jesus en sus palabras, le hubiesen dejado correr sin refutarlo, ó que los partidarios de Herodes hubiesen tolerado impasibles que se echara falsamente una mancha tan negra sobre la fama de un príncipe, á quien ellos consideraban casi como á un dios (13), y que les habia colmado de honores y riquezas? Si todos callaron, fué porque la cosa era harto verídica, harto pública, y ademas, muy reciente para que pudiera prestarse á denegaciones; fué porque á dos horas de marcha de Jerusalem, estaban las madres de los mártires, que habian pagado con sus tiernas vidas, el honor de nacer con Cristo; fué porque poblaciones enteras habian visto brillar el hierro homicida, y oido los gritos de muerte; fué porque al primer mentís dado á los cristianos, todo un pueblo se hubiese levantado para exclamar: *¡Oh, nosotros estábamos allí!*

Lo mismo puede decirse del alumbramiento divino de María, de la visita de los pastores enviados por los ángeles, de todos los prodigios que señalaron la venida de Cristo. Los Apóstoles escribieron viviendo aquellos que figuraron en las escenas que cuentan, y antes de consignar en sus escritos los prodigios obrados por el Mesias, los habian predicado atrevidamente en el templo mismo de Jehová delante de un número inmenso de hebreos de todas las provincias, que acudian allí, ya para hacer sus sacrificios, ya para llevar sus primicias; es evidente, pues, que si hubiesen mentido, aquel auditorio habria sido el mas peligroso del mundo.

Lejos de temer que se le desmintiera, San Pedro se dirige con valentía á esta numerosa asamblea, seguro de su adhesion general; evoca los recuerdos, todavía recientes, de los que le escuchaban, y afirma, en fin, los milagros que han marcado con un sello divino la mision del Hijo de María, aun delante del gran consejo de la nacion, que habia contribuido con todo su poder á que se crucificara á Jesus. Los senadores de Israel, espantados y furiosos, mandan apalea á San Pedro y á San Pablo, para obligarles á guardar silencio; pero no desmienten, como lo testifica el mismo Talmud, los milagros que quieren atribuir inútilmente á la mágia. Así es que, conducidos los Apóstoles á su presencia por los guardas del templo, no les dicen (14): "vosotros no sois sino visionarios y mentirosos;" sino por el contrario, con una agitacion que manifiesta sus secretos temores: "¡Callaos! ¿quereis acaso vernos apedrear por el pueblo?" A lo cual, aquellos dos hombres de corazon sencillo, pero de alma grande, respondieron resueltamente; "no, no nos callaremos! Dios nos manda hablar, y antes de obedecer á los hombres, es necesario obedecer á El . . ." La impostura no es nunca tan atrevida.

Despues de haber examinado los actos, el carácter y la posicion de los Apóstoles, todo hombre imparcial se verá obligado á convenir, en que no fueron ni embaucadores, ni engañados, y que no tienen parte ninguna en las afinidades que se notan entre los hechos evangélicos, y las tradiciones de los pueblos antiguos, mas ó menos mezcladas de fábulas.

Pero entonces, ¿cómo explicar esas analogías? ¿Es un capricho de la casualidad, una ocurrencia fortuita?

No es ciertamente por un efecto casual, que el misterio de la Encarnacion de un Dios, en el seno de una Virgen, sea una de las creencias fundamentales del Asia; que las mugeres privilegiadas que llevan en su vientre esta emanacion de la divinidad, sean siempre puras, bellas y santas; que tengan nombres gloriosos, y llenos de misterios, que signifiquen en todas esas lenguas antiguas: *hermosura esperada, virgen inmaculada, virgen*

fiel, felicidad del género humano, estrella polar; que haya, ademas, tanta semejanza entre ellas, que podría creérselas criadas sobre un tipo remoto, que nos oculta la noche de los tiempos; en fin, no es un efecto casual que un rayo luminoso una la naturaleza divina á la naturaleza humana.

Estas nociones, que llevan el sello de las épocas primitivas, se remontan evidentemente al nacimiento del mundo. Los patriarcas antediluvianos, esa cadena de ancianos que vivían la edad de los cedros, queriendo formarse una idea de la muger entre todas bendita, cuyo alumbramiento prodigioso debía salvar al género humano, se la retrataron bajo la imagen de Eva, antes de su caída: le atribuyeron una belleza magestuosa y santa, que no podía producir en el alma de los hijos de los hombres otro sentimiento, que el de una religiosa veneración: la convirtieron en una amable estrella de resplandor dulce y velado, cuya salida debía preceder á la del Sol de justicia.

Los medios, decimos, por los cuales hizo Dios descender la fecundidad en este seno virginal, concuerdan entre sí de una manera sorprendente, en los diferentes pueblos del mundo. Echad una ojeada sobre las religiones antiguas, y en todas hallareis el fuego sagrado, pues entre los Persas, el fuego era el emblema terrenal del sol, y el sol mismo no era otra cosa que la morada del Altísimo, el pabellon glorioso *del Dios del cielo* (15).

Los Hebreos, que participaban de esta creencia, reconocían la presencia divina, ó la *Shekina*, entre la nube luminosa que se cernía entre los querubines del propiciatorio, y creían que Dios se vestía de la luz como de un manto, cuando en las ocasiones solemnes se manifestaba á los hombres. Esta era la opinion de la Sinagoga, y la tradicion del templo referia, que en medio de un bosque de rosas salvages, que ardía siempre sin consumirse, en el monte Horeb, donde Moises, aquel gran pastor de los hombres, alimentaba los rebaños árabes de su abuelo, se distinguió un rostro muy bello, que en nada se parecia á los que vemos en la tierra, y que aquella vision celestial, mas luminosa que la llama, y mas brillante que el relámpago,

era sin duda la imagen del Eterno (16). Esto supuesto, no es difícil comprender por qué existía la opinion generalmente esparcida, de que un rayo luminoso debía llevar la fecundidad al seno de la Virgen reparadora, que era la esperanza de los pueblos.

A esta encantadora tradicion de una Virgen pura, admitida á las bodas celestiales, rodeadas de un misterio impenetrable, se ligaba la tradicion del Dios salvador, nacido de sus entrañas, el cual debía sufrir y morir por la salud del mundo (17). Esta tradicion no se perpetúa como la otra, por medio de imágenes brillantes, sino por el terror, que hacia una impresion indeleble, pero muy distinta de la causada por la de la Virgen, tan poética y graciosa. El sangriento sacrificio que encontramos establecido desde los tiempos mas remotos en casi todos los pueblos, no tuvo por objeto sino conservar entre los hombres el recuerdo de la promesa del sacrificio del Calvario: esto puede probarse fácilmente.

El culto, esta manifestacion del amor, este homenaje de gratitud que Adán y Eva tributaron á Dios en el instante mismo de su creacion, no se redujo, sin duda, en el Eden, sino á oraciones incesantes, y á ofrendas de frutos y de flores (18). Empero cuando estos ingratos quebrantaron el precepto, de fácil observancia, que el Señor les habia impuesto como un dulce yugo, para hacerles conocer tan solo que tenían un amor; cuando con los frutos inmortales del árbol de la vida (19), perdieron su talisman contra la muerte (20), y de las colinas encantadoras del Eden, descendieron á una tierra erizada de cardos y de espinas, cuyo seno virgen era preciso abrir para nutrirse, unieron á las frutas y flores salvages, que producía la tierra del destierro, las primicias de su rebaño. Esto merece considerarse. Adán, que á la perfeccion de las formas reunía una alma inteligente y noble, en que el Señor habia infundido el gérmen de todas las virtudes y de todos los conocimientos, no podia estar privado de humanidad. Su fatal condescendencia por Eva, nos le muestra amante hasta la debilidad, y al mismo tiempo susceptible en el mas

alto grado, de afecciones dulces y benévolas. ¿Cómo le vino al pensamiento que el Criador pudiese complacerse en la muerte de su criatura, y que un acto de destruccion lo fuese de piedad?

La inmolacion de los animales, que no tiene la menor relacion con los votos y oraciones del hombre, y que el alimento enteramente vegetal de los pueblos primitivos dejaba sin otro objeto que su muerte, debió suscitar en el ánimo del padre del linage humano mil repugnancias. Esos pobres seres, privados de razon, pero capaces de apego, habian compuesto en el Eden por largo tiempo la corte de este rey solitario; sentábase él entonces á la misma mesa, dormía sobre la yerba de la misma colina, refrescaba su sed en la misma fuente, y al despertar, como al morir el día, la oracion del hombre subía hácia el cielo acompañada del gorgceo de los pajarillos, que tambien se reunian para entonar el himno de la mañana ó de la tarde. Envueltos en el infortunio del hombre los inocentes compañeros de su vida dichosa, compartían tambien con él su destierro (21); unos, cediendo á los instintos de ferocidad que no se habian declarado en el paraíso, huyeron al fondo de los desiertos y á los antros secretos de las montañas, desde donde comenzaron muy pronto una guerra á muerte contra su amo; otros, dulces é inofensivas criaturas, se establecieron al lado de la cabaña de su señor, y le ofrecieron benignamente, para satisfacer sus necesidades y endulzar sus penas, su leche, su trabajo, sus blandas lanas y sus conciertos melodiosos. Y bien, entre estos dulces amigos, que lo habian quedado fieles en la desgracia, fué en donde Adán escogió, contó y señaló sus víctimas: en la garganta de la vaquilla, que agotaba sus ubres para nutrirle, en la paloma que se anidaba en su seno cuando el buitre se cernía en los aires, en el corderillo que dejaba su pasto florido para venir á dejarse ordeñar, en estos animales es donde le fué preciso sepultar su cuchillo. ¡Ah! cuando el hombre inexperto aun en matar, vió á sus piés á una criatura dulce y tímida, que forcejeaba entre arroyos de sangre, y en medio de las convulsiones de la agonía, debió quedar pálido y azorado, como el asesino que acaba de

cometer su primer crimen. Este pensamiento no salió de él; no fué un acto de su eleccion, sino de penosa obediencia; ¿quién se la impuso? Era aquel que puede disponer de la vida y de la muerte . . . Dios.

Adán cometió una falta tan enorme por sus circunstancias agravantes y sus consecuencias desastrosas, que la tradicion hebrea, para expresar toda su extension, dice que el sol se cubrió de horror (22). Satanás le tentó en toda la plenitud de su fuerza, cuando solo conocía el bien, en la morada mas bella de la tierra, bajo el reciente sentimiento del inmenso beneficio de su creacion, libre, feliz, tranquilo, inmortal y capaz de resistir con solo haberlo querido. Desde aquella altura rodó al espantoso abismo de la desobediencia y de la ingratitud. La justicia de Dios exigía un castigo proporcionado á la ofensa; el hombre fué condenado á morir de una doble muerte, y esta habria sido la desgraciada suerte de la especie humana, si un ser divino, predestinado desde antes del nacimiento de los tiempos, á cumplir la obra de nuestra redencion, no se hubiese encargado de satisfacer por nosotros todos. Desde entonces se le llamó el Mesías, y fué revelado como un salvador desde el momento mismo en que la voz del Señor, *aquella voz que rompe los aires*, pronunció la sentencia de los tres culpables. "Porque has obrado así, dijo Dios á la serpiente corruptora, que estaba orgullosa de nuestra ruina, la semilla de la muger, es decir, un fruto nacido de ella, quebrantará tu cabeza."

Y la tradicion hebrea añade, que apiadado Dios del arrepentimiento de nuestros primeros padres, les reveló por un ángel, que de ellos naceria un justo, quien mediante un sacrificio voluntario, aniquilaria los perniciosos efectos del árbol de la ciencia (23), y seria la salvacion de los que pusiesen en él su esperanza (24). Segun San Bernardino, esta gracia insigne que Jesucristo debia sellar con su sangre sobre la cruz, fué concedida en favor de *Maria*, y el Altísimo perdonó á la Eva pecadora y á toda su posteridad, para salvar de la nada á la Santa Virgen comprendida en la futura suerte de su linage. Si nosotros

no adoptamos esta opinion piadosa, aunque demasiado exclusiva, no vacilamos, sin embargo, en creer que cuando el Eterno pesó el destino de los hombres contra la sangre de su divino Hijo, los méritos y virtudes de **AQUELLA** que debía ser un día la reina de los ángeles y la consoladora de los afligidos, hicieron inclinar el platillo fatal del lado de la misericordia. En otra parte nos enseñan las tradiciones árabes, que Dios, que es indulgente y misericordioso, quiso manifestar al hombre el modo de implorar su perdon. Este culto, revelado por Dios, fué evidentemente el sacrificio, ceremonia á la vez conmemoratoria, expiatoria y simbólica, por cuyo medio expresaba el hombre que merecía la muerte, y sustituyendo victimas inocentes, le recordaba la grande victima del Calvario.

Así, pues, la institucion del sacrificio de sangre, que no fué invencion humana, descansaba en el fondo sobre un pensamiento de misericordia divina, puesto que perpetuaba en todos los pueblos la tradicion del Mesias, sin la cual la obra de la redencion hubiera sido un beneficio perdido.

Dios madura sus resoluciones durante siglos, porque mil años para él son como un dia; pero el hombre se desvive por obtener, porque su vida es corta. Parece que Eva creyó por las palabras del ángel, que ella seria la madre del redentor que se les habia prometido, y en medio de transportes de un gozo extraordinario, producido por aquel pensamiento, dió á luz á Cain (25), á quien tomó por su salvador. Engañada por las inclinaciones perversas que desde luego manifestó, puso sus esperanzas en Abel, ese hijo amadisimo, cuyo nombre recuerda el luto y las lágrimas de su madre (26); creyó, por último, que seria Seth, pero en vano, porque las puertas del paraíso no se abrieron jamas para ella. Los justos de la descendencia de Seth, esos hombres puros, solitarios y meditabundos, á quienes la Escritura llama los hijos de Dios, mientras que las leyendas asirias los consideran como hombres benéficos, se mecieron largo tiempo en tan dulce esperanza; y la tradicion judaica nos los muestra errando por las montañas vecinas del jardín del Eden (27), cu-

yos cedros gigantescos admiraban suspirando; pero lisonjeándose siempre de que un justo nacido de entre ellos, les abriría nuevamente sus puertas. Mas el nombre que estaba escrito en los decretos inescrutables del Eterno, no era el de una vírgen de los tiempos primitivos, y la tierra que se estremecía aún con la maldición divina, necesitaba ser purificada como por las abluciones de un bautismo, antes que los pasos de aquel que debía llevar la feliz nueva á través de las montañas, dejase impresadas sobre la tierra las santas huellas de sus pasos.

Quando la tierra absorbió las aguas del diluvio, y los vientos la secaron, la nueva familia humana, que renació bajo la seguridad de promesas tan halagüeñas, se dedicó á restablecer el culto de Enoch. Noe, aquel fervoroso servidor de Dios, le añadió los siete preceptos que llevan su nombre, sin olvidar las tradiciones históricas y religiosas, que su larga existencia antes del diluvio, le habia proporcionado recoger. El fué quien contó que el hombre habia sido formado de tierra; su rebelion, su caducidad, su regeneracion futura, que debería el mundo al prodigioso alumbramiento de una segunda Eva. El tambien, á la vista de los sacrificios sangrientos, ofrecidos para expiar la culpa de sus primeros padres, enseñó á sus descendientes á levantar los ojos hácia una Víctima mas augusta, sentada á la derecha de Jehová, en las brillantes profundidades del cielo; Víctima de la que era solamente un emblema la oblation de las terneras y de los corderillos (28).

Los pueblos al principio conservaron fielmente estas nociones primitivas, que se encuentran en el fondo de todas las creencias (29). Eleváronse altares en la confluencia de los rios, en la cima de las montañas, en las playas del verdoso Océano, y sobre los montecillos de arenosos peñascos, en que el ajenjo despliega sus hojas con el viento del desierto. La luz bella y apacible de la luna iluminó desde el principio esos silvestres templos, que no tenian otros limites que el horizonte, ni otra techumbre que el cielo con todos sus astros. En aquella remota época Dios fué adorado dignamente, y con unas ideas tan

claras, tan sublimes, tan uniformes y tan sencillas, que evidentemente se remontaban hasta El mismo.

Empero un elemento de terror supersticioso, fundado en el recuerdo espantoso y reciente de la sumersion del globo, recuerdo cuyos vestigios se encuentran visibles en la mayor parte de las fiestas religiosas de la antigüedad (30), se introdujo cual principio destructor, en el culto postdiluviano. Aglomerados los descendientes de Noe sobre las elevadas llanuras del Cáucaso y de las montañas de la Armenia, rehusaron descender á los valles con una obstinacion, que no pudo vencer toda la autoridad del mismo Noe. ¡Tanto es lo que temian un segundo diluvio! En vano era que el arco-iris ostentase entre las nubes, como para quitar todo temor á los hijos de los hombres, sus dulces y benignos colores, donde el verde esmeralda se une al azul del zafiro; este presagio feliz, esta bella prenda de un Dios aplacado, atenuaba, pero no podia arrancar del todo un terror arraigado profundamente. La torre de Babel así lo testifica. Este monumento gigantesco ocultaba, bajo su insolente audacia, un miedo inmenso. Era como una fortaleza de refugio contra la eventualidad de una nueva inundacion, que aquella raza, que empezaba ya á corromperse, creyó que merecia aún. Y cuando la confusion de las lenguas, aquella terrible burla divina obligó á los hijos de Noe á dispersarse; cuando vieron tornarse en vergüenza propia su precaucion injuriosa á la clemencia jurada por el Señor, solo se horrorizaron mas y mas de su nuevo crimen.

Necesario es convenir, sin embargo, para disculparles en alguna manera, que la tierra entonces ofrecia un espectáculo poco á propósito para tranquilizarles. Los rios, desviados de su curso, formaban lagunas inmensas, y las llanuras vastas y deliciosas, embellecidas antes del diluvio con las graciosas tiendas de los pastores, se habian convertido en pantanos de aguas corrompidas (31). Los cedros yacian tendidos á orilla de los mares, mientras que los despojos del Océano encontrábanse sobre las cumbres de las montañas, cubiertas de eternas nieves. So-

lo se veia por do quiera torres demolidas hasta el nivel de la yerba (32), ciudades silenciosas y arruinadas. La reja del arado rompía por todas partes huesos y escombros. La mano vengadora del cielo irritado, habia caido sobre la especie humana de una manera tan terrible, que el hombre, cuyo corazon palpitaba todavía de miedo al recuerdo de los peligros que corriera, se sintió mas dispuesto á temer á su soberano Señor con un gran temor, que á amarlo con amor profundo. ¡Temió á Dios! Dudó de sus promesas y de su bondad, y cual náufrago infortunado buscó al rededor de sí un socorro cualquiera que pudiese interponerse entre ellos, y conjurar á su tiempo aquella cólera santa, pero terrible. Noe habia hablado de un ser influyente y divino, cuyo tierno amor para con los hombres era infinito, y el cual debia abogar por su causa delante del Eterno, cargándose con sus crímenes; ¿mas quién era este anunciado mediador, este amigo poderoso? . . . Nada mas se sabia. Los descendientes de Sem creyeron haberle encontrado en los astros, que encantaban sus vigiliassolitarias, y á quienes suponian animados por inteligencias celestiales (33); suplicaron á estas inteligencias que los protegiesen, y en su honor encendieron grandes hogueras en lo alto de las montañas (34).

Tal fué el origen del sabeismo, que degeneró en idolatría, cuando la raza réproba de Cham, recurriendo á objetos materiales, adoró el fuego, la tierra, el viento, y mofándose insolentemente del culto de Noe, que no conocia las imágenes, consagró estátuas de plata á la luna, y de oro al sol (35).

Con el tiempo espesáronse las tinieblas: las religiones se cargaron de ritos; el culto del verdadero Dios se mezcló gradualmente al de los astros y de los elementos; el descubrimiento de los geroglíficos completó la confusion, y el corto número de verdades que escaparon al trastorno general de las creencias, se pultáronse misteriosamente en el fondo de los santuarios idólatras, como aquellas lámparas sepulcrales que solo arden para los difuntos. Se las ocultaron cuidadosamente á la multitud (36), que prodigó sus adoraciones insensatas á las piedras, á

los árboles, á los ríos, á las montañas y á los animales, culto mas degradante aún, y que concluyó por colocar en el cielo sus vicios y sus pasiones. Entonces fué cuando especulando algunos impostores con la credulidad humana, enredaron ó rompieron premeditadamente los hilos ya bastante sueltos de las tradiciones patriarcales; y sustituyendo con audacia el recuerdo á la esperanza, agruparon al rededor de la cuna de sus reyes fabulosos, de sus falsos profetas ó de sus divinidades impotentes, las maravillas de la Encarnación del VERBO, y las reminiscencias primitivas de su elevado y trágico destino.

Así se explican, según nuestro sentir, ciertas analogías que parecen incomprensibles á primera vista.

Sin embargo, no todas las naciones del politeísmo tomaron el misterio del Mesías como un hecho realizado. Los Druidas, poco antes de la era cristiana, elevaban altares en los negros bosques de la Galia á la *Virgen que debía parir*. Los Chinos instruidos por Confucio, que había encontrado ese oráculo en las tradiciones antiguas, aguardaban al SANTO, nacido de una *Virgen é hijo de Dios, que debía morir por la salvación del mundo* (37) en las regiones occidentales del Asia, y cerca de medio siglo despues de la muerte del Hombre-Dios, le enviaban á buscar allí por medio de una solemne embajada. Los Magos, siguiendo las predicciones de Zerdascht, estudiaban atentamente las constelaciones, para encontrar en ellas la estrella de Jacob, que debía guiarles á la cuna de Cristo (38). Los Brahmas suspiraban por el glorioso *acatar* (39) de aquel que debía *pergar al mundo del pecado*, y rogaban por su venida á Wichnou, colocando sobre su altar resplandeciente de piedras, olorosos ramos de albahaca, planta muy agradable al dios indio. Los fieros hijos de Rómulo, esos idólatras por excelencia, que habían creado legiones enteras de dioses, leían en los libros tan cuidadosa y políticamente guardados de la Sibila Cuméa, contemporánea de Aquiles y de Hector, la *Virgen, el divino Niño, la adoración de los pastores, la serpiente abatida y la edad de oro vuelta de nuevo á la tierra*. En fin, hacía la época del Mesías,

todos los pueblos del Oriente estaban en expectation de un *Salvador futuro*, y Boulanger, mejor inspirado en su lecho de muerte, despues de haber demostrado cuán general era esta esperanza, la denomina ilógicamente una quimera universal (40).

Empero ¿qué era todo aquello sino pálidos y vacilantes reflejos, impotentes para disipar las tinieblas de la idolatría, al lado del magnífico conjunto de resplandores, que iluminaba al pueblo escogido? Asómbrase uno efectivamente á la vista de esa cadena profética, cuyo primer eslabon toca á la cuna del mundo y el último al sepulcro de Cristo (41). La amenaza de Jehová á la serpiente infernal, encierra, lo hemos dicho ya, el primer oráculo del Mesías, y este oráculo tiene de singular, que al paso que descubre el poder del Hijo, reserva á la Madre el puesto de honor; *lo que nacerá de la mujer te romperá la cabeza*, dijo el Eterno. Hemos dicho tambien, y las tradiciones judías lo confirman, que este oráculo fué explicado despues mas claramente á los desterrados del Eden, próximos al cielo porque se habían purificado con la penitencia (42). Noe, instituido por Dios heredero de la fé (43), transmitió á Sem estas revelaciones, y Sem, cuya larga vida igualó casi á la de sus antepasados, se las refirió al padre de los creyentes. Entonces fué cuando una bendición misteriosa, en que estaba envuelta la promesa del Mesías, dió á conocer que el fruto bendito prometido á Eva, sería un vástago de Abraham. A las tradiciones primitivas sucedió bien luego la gran profecía de Jacob. El patriarca moribundo, que había visto con los ojos del espíritu el estado de las doce tribus, cuando hubiesen fijado su estancia en la Palestina, anunció á sus hijos reunidos en torno de su lecho de muerte, que Judá había sido escogido entre todos sus hermanos, para ser el trono de los reyes de Israel y el padre de aquel *Schilo* tantas veces prometido, que debía ser el Rey de los reyes y el Señor de los señores. La venida de Cristo está marcada terminantemente: "él se levantará de en medio de las ruinas de su patria, cuando el *schebet* (el cetro, la autoridad legislativa) haya pasado á manos del extranjero (44)." no robeg

El profeta salvado de las aguas, que fué llamado por permisión divina para reunir y consignar por escrito la historia de los primeros siglos y las antiguas tradiciones del género humano, tradiciones cuya memoria estaba aun viva en los pueblos, no dejó de prestar el poderoso apoyo de su testimonio á la profecía de Jacob: "Adonai-Jehová, dice hablando al pueblo de Dios, "levantará de tu nacion y del número de tus hermanos, un profeta semejante á mí: escuchadle; él te traerá las órdenes del "cielo, y el Señor se vengará de cualquiera que rehusare "oirle (45)."

La Sinagoga atribuyó siempre al Mesías un texto tan claro y explicito. San Felipe no titubeó en aplicarle á nuestro divino Redentor, cuando dijo á Nathaniel: "Hemos hallado á Aquel "que han predicho los profetas, y de quien Moises habló en la "ley: Jesus de Nazareth."

Hacia el fin de la mision de Moises, y cuando Israel acampaba aún en el desierto, Balaam, cuyas maldiciones se habia grangeado un príncipe moabita en el valle de los sauces (46), vino á fortificar á su vez la expectacion del Mesías, y á señalar de una manera terminante y precisa la grande época de su venida. De pié sobre la cima escarpada del Phegor, rodeado de víctimas degolladas para un holocausto de ódio, á la vista de un lago maldito, y de las estériles montañas de la Arabia, el adivino de las orillas del Eufrates, agitado por el espíritu de Dios, descubre como con ojos de uno que sueña (47), una admirable vision; sus palabras entrecortadas con pausas solemnes, son arrojadas sin órden y sin arte, cual los fragmentos de una conversacion misteriosa, tenida á media voz con las potestades invisibles. *Yo le veré... pero no todavia. Yo le contemplaré... pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob; se levantará un vástago de Israel; él dominará sobre una muchedumbre de pueblos.* A estas incoherentes palabras, sucede un magnífico cuadro, pero sombrío, de las conquistas del pueblo rey. Y no es sin designio que la vision profética muestra á Roma en el apogeo de su poder colosal: entonces es cuando Cristo debe visitar la tierra,

y morir por nosotros en el árbol de infamia. El Profeta pinta á grandes rasgos esa época de sangre: diríase que las ciudades y los imperios todavía por nacer, se le presentaban en el espejo del desierto. El ve á la armada de los Césares, dejar los puertos de Italia, y dirigirse victoriosa hácia las blancas costas de la Siria: él ve la destruccion de esa Judea, que no debia existir sino mucho tiempo despues, y en donde el pueblo de Dios no posee aún en propiedad sino algunos sepulcros: él, en fin, ve la caída del águila romana, setecientos años antes del nacimiento de los hijos de Ilia, y cuando las cabras salvages del Lacio, pacian aún en paz por los herbosos declives de las siete colinas.

Pasan siglos y mas siglos sin otras promesas de Jehová; pero los oráculos del Mesías están confiados á la tradicion, que fielmente los conserva, ó se encuentran consignados en la santa Ley. Israel sostiene una lucha sorda, pero incesante y encarnizada, contra los pueblos idólatras, que rodean y oprimen á sus tribus: cede á las voces, á la inclinacion perversa que le arrastra á la idolatría, y entonces la espada fatal del Amorreo y del Mohabita, se desenvaina, sin saberlo, en defensa de la causa del Señor, y venga, sin querer, las injurias del Dios de Jacob. Empero durante estas fluctuaciones de la fortuna, el pueblo no olvida la venida de Cristo, y vive en la fé del Mesías; á falta de nuevas revelaciones, su vida misma llega á hacerse profética. Instituciones políticas y religiosas, usos locales y costumbres privadas, todo tiende al mismo fin, todo deriva del mismo origen, todo se refiere á la generacion del SALVADOR, nacido de una Virgen de Judá. La venida del Mesías, es lo que venian á pedir con fervorosa oracion, el profeta Samuel y los sumos Sacerdotes que se sucedieron mas tarde en el templo de Salomon, arrodillados ante el Santo de los santos, ante el Schequina, su divino y luminoso emblema. A la expectacion del mismo Mesías se refiere aquella ley de Deuteronomio, que previene que el hermano nombre un heredero á su hermano muerto sin hijos, á fin de que su nombre se perpetúe en Israel. Esa espé-

ranza perdida de pertenecer un dia, de cerca ó de lejos, al Enviado celestial, es la que hace llorar sobre las montañas de la Judea, á la jóven y dulce virgen de Galaad, á quien solo este pesar lleva á la tumba sangrienta, donde acababa de extinguirse la raza de su padre (48). A esta creencia tan general entre los Hebreos, hace alusion la muger de Thécua, cuando revelando al rey David las maquinaciones secretas contra el único hijo que le habia quedado, poetiza sus temores de madre y de matrona judía á la vez, con estas tiernas palabras: "*Señor: quieren apagar mi última centella de esperanza.*"

Solo la presente incredulidad de los judíos, puede igualar á la fé de sus mayores. El gran negocio de esos hombres de la antigüedad, era la venida del Mesías; los que morian en una época lejana de aquella en que debian cumplirse las promesas divinas, morian en la firme persuasion de que se realizarian algun dia, y desde el mismo umbral de la eternidad, saludaban de lejos la esperanza de ese dia, así como Moises, el gran profeta, saludaba con suspiros *aquella tierra de leche y de miel*, cuya entrada le habia prohibido el Señor.

Bajo el reinado de David y de sus hijos, antídase el hilo profético con mas fuerza, y el misterio de la Virgen y del Mesías, se manifiesta mas que nunca, por medio de profetas magnificas y mas luminosas que el sol del medio dia.

El Santo Rey, á quien Dios habia preferido á la raza de Saul, aseguró la virginidad de Maria, y el nacimiento milagroso del Hijo de Dios. "*Tu nacimiento, dice, no manchado como el de los hijos de los hombres, será puro como el rocío de la aurora.*" Despues, levantando mas los ojos al cielo, vé á Aquel que Dios le habia dado por Hijo, segun la carne, sentado á la derecha de Jehová, sobre un trono mas duradero que el cielo y los astros.

La Virgen Santísima fué siempre indicada desde el principio de las profecias, pero no de una manera tan clara que dejase éstar un tanto entre sombras, y, por decirlo así, en el último término del cuadro; empero desde la época de David, la figura radiante de Maria, no ofrece ya tan vagos contornos, y Aquella

que debia inocular en las venas del Hombre-Dios la sangre de Abraham, de Jacob y de Jessé el Justo, se perfila con mayor nitidez. David habia hablado de su nacimiento virginal; Salomon se complació en trazar su imágen, con tal suavidad de pincel y delicados toques, que le deja muy atras las graciosas descripciones de las *Peris* del Oriente, esas risueñas y vaporosas deidades, que pasan al través de los sueños del pastor de la Arabia. El la ve elevarse en medio de las hijas de Judá, *cual un lirio entre espinas*; sus ojos son dulces y aterciopelados *como los de la paloma*; de sus labios rojos *como una centella de escarlata*, sale una voz pura y melodiosa como el sonido de las arpas que animan á Israel al combate; su andar es ligero *como el vapor de los perfumes*; y su belleza rivaliza en brillantez, *con la luna que asoma en el Oriente*. Sus gustos son sencillos y llenos de poesía; plácele vagar por las frescas praderas *cuanndo las viñas florecen*, y los higos se anudan *cual esmeraldas á las ramas deshojadas*; *sus miradas buscan las rosas purpúras del granado*, el árbol del paraíso (49), y se deleita en escuchar el canto plañidero de la tórtola. Silenciosa y recogida, se oculta á la vista de los mundanos, y se encierra en su humilde morada, *cual la paloma que hace su nido en el hueco de las peñas*. Es elegida para un himeneo místico, con preferencia á las vírgenes y reinas de todos los pueblos, y en fin, hácela prometido una corona, por aquel *que ama su alma*, siendo el feliz lazo que la une á su real esposo, *mas fuerte que la muerte*.

Elías, orando en el Carmelo para alcanzar el fin de la larga sequia, que por espacio de tres años habia la tierra y agotaba las fuentes, descubrió á la Virgen prometida, bajo la forma de una nube trasparente, que se levantaba del seno de las aguas, para anunciar la vuelta de la lluvia. Las bendiciones del pueblo saludan con entusiasmo este favorable agüero (50), y el Profeta, que penetra los arcanos divinos, fabrica en el mismo lugar un oratorio á la futura Reina de los cielos (51). Isaias declara á la casa de David, cuyo gefe Acab tiembla por las amenazas del extrangero, *como una selva azotada por los huracanes*, que Dios

le dará una prenda segura del porvenir de la Judea, porvenir que será largo y glorioso: "Una Virgen concebirá (52), y dará "á luz un Hijo, á quien pondrá por nombre *Emanuel*, es decir, "Dios con nosotros. . . . Este niño, dado milagrosamente al "mundo, será un vástago del trono de Jessé, una flor nacida "de su tallo. Será llamado el Dios fuerte, el Padre de los si- "glos futuros, el Príncipe de la paz. Será expuesto á la vista "de los pueblos como un estandarte; las naciones vendrán á "ofrecerle sus homenajes y plegarias, y su sepulcro será glo- "rioso."

El misterio del Mesías se descubrió enteramente á los profetas; los unos ven á Belén ilustre con su nacimiento; los otros predicen su entrada triunfante en Jerusalem, y hasta designan su lenta y pacífica cabalgadura. Ven entrar en el templo á este pontífice sagrado segun el órden de Melchisedech; saben el número de monedas de plata que los verdugos de la Sinagoga dejarían caer en las manos del infame que debía vender á su maestro (53); contemplan el suplicio de los clavos, el brebaje de hiel ofrecido insolentemente á un Dios agonizante, y la túnica tejida por manos de una madre, echada en suerte por bárbaros soldados: oyen el ruido de los clavos que despedazan las carnes del Salvador, chorreantes de sangre, y penetran con ronco sonido el leño maldito. Y despues cambia la escena, como en aquellos cuadros de Rafael, en que el asunto que comienza en la tierra, se continúa mas allá de las nubes. El Hombre de dolores, el humilde Mesías, á quien sus parientes han despreciado, á quien su pueblo ha desconocido, arroja desde lo mas alto de los cielos su triunfante mirada sobre sus enemigos confundidos; las naciones todas de la tierra se acuerdan de su Dios, olvidado por tantos siglos! . . . Los pueblos se reunen en derredor del estandarte de la Cruz, y el imperio de Cristo no tendrá otros limites que los del mundo. Nada falta al cumplimiento de las profecías: Jacob ha predicho la venida del Schilo para el momento mismo en que los judios dejaran de gobernarse por sus propias leyes, lo cual equivalia á la ruina del estado;

Balaan añade, que esta ruina será obra de un pueblo venido de Italia, y el sátrapa Daniel cuenta exactamente las semanas que habian de trascurrir hasta entonces.

"Todo lo que sucede en este mundo tiene una señal que le "precede, ha dicho un hombre de gran talento. Cuando el sol "va á despuntar, el horizonte se colora de mil matices, y el "Oriente se nos presenta como un volcán de fuego. Cuando "la tempestad se aproxima, óyese en la ribera un sordo mur- "mullo, y como que las olas se agitan por sí mismas." Las figuras del Antiguo Testamento, segun el testimonio de los Padres de la Iglesia, son las señales que anuncian la aparicion del *Sol de Justicia* y de la *Estrella del mar*. A Jesucristo, hijo de Dios, pertenece el poder; á *Maria*, la gracia y la bondad misericordiosa. *ELLA* es el árbol de la vida, plantado de nuevo por las manos del mismo Dios en la morada de los hombres, y ademas prenda de una felicidad, preferible á la que disfrutaron en el Eden nuestros primeros padres; la paloma del arca, que trajo de la tierra el ramo de olivo; la fuente sellada cuyas aguas nada impuro ha contaminado; el vellocino que ha recibido el rocío celestial; en fin, el bello y oloroso bosque de rosas salvages, á través del cual percibió Moisés á la Divinidad; bosque que lejos de consumirse con el fuego que destruye todas las cosas, fué en cierto modo conservado por él, y no perdía al contacto de la llama celeste, ni una hoja ni una flor (54).

Semejante á aquella embelesadora figura que un pintor de la antigüedad compuso en otro tiempo, tomando los brillantes rasgos esparcidos en las mas hermosas mugeres de la Grecia, la casta Esposa del Espíritu Santo, reasumió y reflejó en su persona todo cuanto las mugeres mas célebres de la antigua ley habian ofrecido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y Sara, supo unir á la prudencia de Abigail la resolucion valerosa de Ester. Susana, casta como la flor cuyo nombre llevaba (55); Judiht, cuya corona de lirios fué manchada por la sangre de Holofernes (56); Aza, cuya mano fué el premio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan des-

venturada que vió morir á todos sus hijos por la ley, no fueron mas que pálidas imágenes de Aquella que debía reunir todas las gracias y perfecciones de la muger y del ángel.

Después de una expectacion de cuatro mil años, llega por fin el tiempo marcado por tantas profecias; desaparecen las sombras de la antigua ley, y MARIA se levanta sobre el horizonte de la Judea, como la estrella que precede al dia.



LIBRO II.

La inmaculada Concepcion.

UNA muger destinada desde la eternidad á salvar el mundo, divinizando nuestra naturaleza, y á encerrar en su casto seno á Aquel cuya morada está en el sol, que huella con sus plantas las alturas de los cielos; una muger esperada desde el principio de la creacion, revelada en el paraíso por el mismo Dios, y el término reconocido de todas las santas generaciones que se sucedieron desde el tiempo de los Patriarcas (1), no puede ser una muger ordinaria, y debe gozar de prerogativas sobrehumanas. La piadosa creencia de la inmaculada Concepcion de María de-